

1

Capítulo Uno

Conversación Bajo las Estrellas

ΛΡΞΘΓΑΔΤ

Ἰουλιανὸς οἱ Ἰβραῖ πο Ποτομήνῳ πο λα
Μαξιμάττινιυάουεα

Bajo el cielo estrellado, el crepitar de la hoguera sonaba tranquilamente. Cada vez que Crozzo lanzaba una rama seca al fuego, las chispas subían al cielo. ¿Era gracias al poder de los espíritus que las llamas irradiaban una calidez y luz tan suave, más de lo que cualquiera de ellos podría haber generado por sí mismos? Mientras observaba distraídamente el contorno de un espíritu de fuego delineándose vagamente en la espalda de Crozzo, Argonauta pensaba.

Aunque la colina estaba protegida por tres lados, el viento aún fluía. Normalmente, una brisa así habría sido una tortura para su cuerpo herido, pero incluso eso parecía ser bloqueado por una especie de barrera alrededor de la fogata.

Envuelto en la sensación de seguridad que ofrecía un hogar con chimenea, Argonauta, después de un rato de reflexión, se levantó lentamente.

—¿Olna, sigues despierta? Quiero hablar contigo.

—...Sí, te escucho.

—Yo estaré aquí. No se alejen mucho —dijo Crozzo mientras seguía vigilando el fuego.

—Claro, perdona.

Olna, que había estado acurrucada en el suelo con la túnica que Crozzo le había prestado, también se levantó. Los dos salieron del campamento, agradeciendo al pelirrojo mientras él continuaba cuidando del fuego.

Dando un rodeo, se dirigieron hacia la cima de la colina, rodeados por el cielo nocturno. El viento debía estar soplando con rapidez. En medio de la oscuridad, las nubes se movían con claridad, y la luna, que había estado oculta, finalmente apareció.

Estaba cerca de ser luna llena. Mientras miraba el sereno resplandor incompleto, ese fue el pensamiento de Argonauta.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿De qué quieres hablar? —preguntó Olna.

—...Olna. He decidido que voy a derrotar al Minotauro.

Al escuchar las palabras de Argonauta, Olna se detuvo y lentamente se dio la vuelta, abriendo los ojos sorprendida.

—Voy a salvar a Feena, pedirle disculpas a Yuri y los demás... y también rescatar a la princesa.

—...¿Y cómo lo piensas hacer? ¿Tienes algún plan?

—Aún no se me ocurre cómo... pero sé que debo derrotarlo.

Su mirada decidida tenía algo casi sagrado. Sin embargo, Olna, observándolo atentamente, preguntó. Al recibir la respuesta del joven, no pudo evitar sentir una ligera decepción, y con firmeza, le respondió con severidad.

—Incluso si hubiera una manera, te diré esto, Argonauta... tú no podrás derrotar a ese toro monstruoso.

—.....

—Sí, lo diré cuantas veces sea necesario. Tú no tienes lo necesario para ser un «héroe». No puedes ser el «héroe» que derrota monstruos en las historias.

...Él jamás podría ser el «héroe» que salvara a todos.

Las crueles palabras de la joven se desvanecieron en la fría brisa nocturna.

Argonauta, con su cabello blanco agitándose, bajó la mirada hacia su mano derecha.

Mientras el sonido del viento frío resonaba entre los dos, levantó el rostro, acompañando sus labios con una sonrisa.

—...Entonces, como pensé, me centraré en salvar a «uno».

—¿Eh?

Y entonces dijo.

—La verdad es que, yo también lo sé. No, soy el que mejor lo sabe. Que Argonauta no puede ser un «héroe». —Argonauta declaró con total confianza.

Desde que se habían encontrado, el joven había levantado siempre la bandera de su «deseo de ser un héroe», pero ahora, esa confesión dejó desconcertada a la joven.

—Argonauta no tiene el derecho. No tiene el talento. Argonauta, incluso si pudiera, solo podría salvar a «uno». Así que, dejaré que otros salven a los «cientos».

—...¿Qué estás diciendo?

Eso era una verdad acompañada de melancolía.

Pero, aún con una sonrisa en su rostro, Argonauta se aferraba a esa verdad.

—Siempre lo está en sus pensamientos cuando enfrenta una «decisión dolorosa». Cuando alguien debe elegir entre uno o cien, ¿por qué solo él debe tomar esa decisión?

Era como en una escena de una historia.

O como la tragedia que ocurre en los relatos heroicos.

Y ahora, probablemente, era la misma realidad que sucedía en muchos lugares de este mundo.

A quienes han sido golpeados por las dificultades y han luchado sin descanso, casi siempre se les enfrenta a una absurda verdad que no les permite cumplir con sus ideales.

—¿Por qué no hay alguien allí para ayudar en ese momento? Si se descarta a «uno», otra persona podría salvar a ese «uno».

Ante esa realidad tan injusta, Argonauta hacía un llamado a detenerlo.

Mientras protegía con su espalda a aquellos que luchaban, heridos y arrodillados, abrió los brazos y proclamó:

—No se trata de dejarlo en manos de un «héroe». La humanidad entera debería enfrentarse a ello.

Esta vez, Olna contuvo la respiración.

—Una persona sola no puede hacer mucho. Pero si son dos, pueden lograr algo. Si son tres, aún más. Y si somos todos... entonces se puede lograr cualquier cosa.

Esa era la respuesta de Argonauta.

Existen Héroes. Pero cualquiera puede luchar a su lado y apoyarlos.

Aunque no puedan blandir una espada, un bastón o un escudo, aún pueden seguirles y alzar la voz.

...¡Levanten sus voces, disipen el aire sombrío y apoyen a los elegidos!

...¡Incluso aquellos que no pueden luchar tienen muchas cosas que pueden hacer!

...¡Aquellos que no alzan la voz no tendrán un mañana!

Olna recordó que alguna vez, en el «Debate del Payaso», él había dicho esas mismas palabras.

Y sintió que, aunque solo fuera un poco, había comenzado a entender las verdaderas intenciones del hombre que se comportaba como un «payaso».

—...Dices que solo puedes salvar a «uno». Y por eso dejas que los demás se encarguen de los otros. Sabes que eso es, en el fondo, la máxima expresión de la dependencia en los demás, ¿no?

—Ah, sí. Y ojalá yo fuera el «Héroe» capaz de salvar a todos. — Argonauta sonrió con amargura cuando Olna lanzó esa crítica desde

detrás de su máscara de desdén, tratando de ocultar lo que realmente sentía.

En los ojos entrecerrados del joven, las escenas del pasado cruzaron su mente.

Una ciudad castillo en llamas. Una tragedia envuelta en gritos y fuego.

Mientras esos recuerdos lo invadían, levantó la vista hacia el cielo.

Allí estaban las innumerables estrellas esparcidas, acompañando la gran luna brillante.

En este mundo que parecía estar al borde de la desesperación, solo ese cielo seguía brillando con esperanza.

Ese cielo lleno de estrellas era, para Argonauta, la representación del «ideal» que soñaba.

Él deseaba ser una de esas estrellas y que muchos otros también alcanzaran ese cielo estrellado.

—Qué absurdo... De verdad, es absurdo.

—¿Tú crees? Hay un héroe que podrá salvar a esos «cien». Yo solo quiero ser el hombre que pueda salvar a ese «uno» que ese héroe haya dejado atrás.

Olna dejó escapar un suspiro al ver que, por más que lo intentara, Argonauta seguía actuando como un «payaso». Sin embargo, él lo decía sin rastro de tristeza; al contrario, había una serenidad en la forma en que aceptaba su papel, casi como si lo deseara.

—Y ese «uno» al que quiero salvar ahora mismo es... a ti.

—¡¡!!

Dijo esas palabras, mirando a la sorprendida joven.

—Si no derroto al Minotauro, aunque alguien salve a «cien», tú no estarás a salvo. No podrás reír.

—Ah...

—Yo quiero ver tu sonrisa.

Dio una sonrisa cálida, no absurda ni despreocupada.

Era una sonrisa pequeña, pero pura, que parecía surgir desde lo más profundo de su alma.

Las mejillas de Olna se tiñeron rápidamente de rojo.

Ese rubor destacaba sobre su piel morena, y la joven, completamente desconcertada, dio un paso atrás.

—¿Qué-qué haces? Tan de repente... Eso suena como si estuvieras... jurando tu amor o algo así...

—...¡Y por la misma razón, también salvaré a la princesa Aria!

—¿Qué? —Y en ese instante, su expresión fue inundada por un gélido aire helado.

Con una expresión resuelta y valiente, Argonauta mostró su determinación, sin darse cuenta en absoluto del estado de la joven.

—¡Voy a detener el sacrificio! ¡Veré la sonrisa de la princesa! ¡Ese es mi ideal ahora! ¡No aceptaré nada más!

—...Ya no es «uno», ahora son «dos».

—Cierto, tienes razón. Entonces, tengo que convertirme en un Argonauta que pueda salvar a «dos», en lugar de solo a «uno».

Argonauta sonrió al notar la mirada penetrante de Olna, cuya expresión casi parecía emitir un sonido al mirarle. Al mismo tiempo, renovó su voluntad. Si iba a hacerse un lugar junto a los «héroes», debía volverse, aunque solo fuera un poco, más fuerte que el hombre que había sido hoy.

—...De verdad eres un payaso. No, eres un hombre terrible. Dices cosas extrañas de repente... y me confundes... —Olna murmuró esas palabras mientras lo miraba. Su voz era tan baja que apenas se podía escuchar, y fruncía los labios, tal vez para ocultar su

vergüenza—. ...Haz lo que quieras. De todas formas, no puedo detenerte.

Un momento después, Olna suspiró y, como si desde el principio hubiera sabido cuál sería su respuesta, le habló con desdén.

—Yo... en el fondo, siempre pensé que un reino tan corrupto debería caer. Pero si tiene que caer, quiero que lo haga siendo un reino que haya sobrevivido como una nación de personas, no como un país deformado.

—.....

—Al final, no pude cambiar nada. Así que observaré con mis propios ojos lo que haces. ...Esfuézate, ¿sí? —Con esas palabras, la joven, que había estado revelando lo que llevaba dentro, se dio la vuelta como un gatito rebelde que no quería mostrar su verdadero sentir.

—...¡Claro, gracias, Olna! —Argonauta le devolvió una sonrisa inocente.

Olna se detuvo en seco, completamente cautivada por el payaso, que sonreía con una despreocupación infantil.

—.....

—¿.....? ¿Qué sucede? Siento que me estás mirando con mucho reproche...

Argonauta, al ver la expresión llena de descontento de Olna, como si maldijera su propia torpeza, se sintió algo perplejo y soltó una risa nerviosa.

—Desde que te levantaste, has estado actuando de forma extraña. ¿Dónde está el Argonauta payaso? ...Esto me desconcierta.

—Mmm... puede que tengas razón. Tal vez sea por el cansancio...

Ante la observación de Olna, Argonauta cambió su expresión, dándose cuenta de su error. Acababa de despertar y, con todo lo que había sucedido, había mostrado un comportamiento que no era *propio* de él.

—Espera un poco. Recuperaré el ritmo. ¡Aaaah, hm-mm!

Mientras el joven comenzaba a hacer ejercicios de voz, Olna lo miraba de reojo.

—...Así que, la actitud de bufón no es tu verdadera personalidad, sino una «máscara».

—¡Jajá! ¡No sé de qué estás hablando! ¡Yo siempre soy un payaso! ¡Listo, estoy de vuelta en forma!

Poco después, la risa del «payaso» resonó como si nada hubiera pasado.

Argonauta, presionando su cuerpo dolorido con ambas manos mientras exclamaba un «¡Ay, ay, ay!», miró con una sonrisa a la chica que aún le dirigía una mirada fría.

—¡Olna, hoy debemos descansar! ¡Duerme profundamente! ¡Ya verás que, después de una noche, se me ocurrirá alguna gran idea o plan brillante! ¡¡Probablemente!!

—Haa... Alegre y optimista. El ruidoso Argonauta ha vuelto.

—¡Ese soy yo! ¡Así que, a escribir en mi «Diario del Héroe»!

«Argonauta se levantó de su lamentable fracaso y decidió derrotar al temible monstruo.»

Tras escribir estas palabras en el diario que sacó de su bolsillo, Argonauta se detuvo a pensar un momento antes de añadir una nueva línea.

«¡Y se ganó dos amigos peculiares!»